

Félix Vera

FLORECIENDO EN OTOÑO

Cita a ciegas con el algoritmo

Editorial “La Trinchera”

Noviembre 2024

A ver... ahí estaba yo, a los 65 años, mirándome en el espejo y diciendo: “¿De verdad, Marta? ¿Te vas a meter en eso de las aplicaciones de citas? ¡Qué moderna te has vuelto!” Pero bueno, ahí estaba, armada de valor y algo de desesperación disfrazada de curiosidad. Tras enviudar y enfrentar la soledad con dignidad y recato (o algo parecido), más que por convencimiento, por esas cosas que nos vienen dadas a través de esos valores que no nos preguntaron si queríamos tomarlos o no, pero nos lo metieron de prepo, decidí que era hora de buscar un poco de compañía, aunque fuera en el vasto e impredecible mundo digital. ¿Qué podía salir mal? La respuesta: prácticamente todo.

Crear el perfil ya fue un acto de contorsionismo emocional que puso a prueba mis intenciones.

Primero, la foto. Pasé horas revisando el álbum de fotos familiares, con cada una trayéndome una mezcla de nostalgia y terror. La selfie en la boda de mi hija: no, muy formal. La foto de ese día en la playa: ni pensarlo,

con una malla entera floreada no daba ese aire misterioso que quería proyectar. Finalmente, después de una revisión digna de una operación de inteligencia, elegí una foto en la que apenas sonreía, con la cabeza ligeramente inclinada y (creía yo) un aire entre místico y bohemio. Listo, paso uno completado.

Luego, la descripción. “Marta, 65 años, viuda, amante de los libros y la naturaleza, buscando compañero de vida.” Sencillo, directo. Pero entonces pensé, ¿sería demasiado aburrido? ¿Demasiado serio? ¿será eso lo que realmente busco? Confieso que hice borradores en papeles escritos a mano, en los que me llamaba “espíritu libre en búsqueda de aventuras” y después me invadía una vergüenza total al volverlos a leer en voz alta. ¡Horribles! Finalmente, me rendí y lo dejé así, sobrio y sin pretensiones, porque, al fin y al cabo, ¿quién soy yo para mentirme a mí misma?

Navegar en esas apps era como entrar a un carnaval, donde cada perfil era un personaje pintoresco. El

primer hombre que me escribió se describía como “un lobo solitario en busca de su luna”. Al principio pensé que era un poeta romántico, pero luego, en la tercera línea de su mensaje, empezó a hablarme de cómo el universo le había revelado en un sueño que yo sería la “luna de su destino”. La verdad es que me asusté un poco y cerré la conversación; ¡demasiado místico para mí!

Y claro, de alguna forma las aplicaciones empezaron a decidir por mí. Bastaba un desliz de dedo y ya estaba hablando con alguien que criaba serpientes, otro que coleccionaba piedras energéticas y otro que decía comunicarse con sus mascotas a nivel espiritual.

En medio de estas aventuras místicas, también hubo decepciones más mundanas, claro. Un día, conocí a un hombre cuyo perfil me pareció encantador, decía que disfrutaba de los museos y el arte, así que acordamos encontrarnos personalmente y compartir un café.

Me planté allí, emocionada pero moderada (uno no

quiere parecer desesperada, pero en realidad era más ansiedad, inseguridad), hasta que apareció. Era él, pero no él. Su foto en la app parecía haber sido tomada en los tiempos en que Elvis era joven. En persona, apenas si era reconocible, de verdad. No pude evitar preguntarme: “Marta, esta es una señal de lo que te espera, quizá es hora de volver a los crucigramas”. A pesar de eso, lo escuché, lo más cortésmente posible, mientras él hablaba sin parar sobre su teoría de que “las redes sociales son la nueva opresión social, pero por favor no te ofendas, porque vos sos parte de eso”, me dijo. Ahí supe que el café se enfriaría sin remedio.

Sin embargo, con todas las singularidades que iba encontrando, seguí intentándolo. Porque de algún modo, entre la histeria de los filtros de belleza y las poses de “aventureros de fin de semana”, también encontré momentos de genuina humanidad. Hubo lindas conversaciones, de esas que dan gusto al final del día, aunque la otra persona viva en otra ciudad, o

en otro país (¡o incluso en otro estado mental!). Aprendí a escuchar más a mi intuición y menos a esos impulsos iniciales que, por lo visto, tienden a la catástrofe. Porque, claro, la intuición se perfecciona con el tiempo... o al menos eso escuché decir.

Y entonces, cuando estaba al borde de decirle adiós a ese mundo de perfiles y algoritmos, apareció alguien, era él. Su perfil no era especialmente llamativo: sin frases poéticas ni fotos extravagantes. Era sencillo, casi hasta aburrido. Pero cuando comenzamos a conversar, sentí una conexión genuina que no había experimentado en mucho tiempo. Un día, después de varios mensajes y llamadas, decidimos conocernos en persona. No podía evitar preguntarme si sería otro “Elvis” en la vida real, pero algo en su voz, en su forma de hablar, me dio esperanza.

Llegó el día del encuentro y ahí estaba yo, al borde de la puerta del café, respirando hondo como si me estuviera preparando para saltar de un avión. “No

tenés nada que perder, Marta, entra y actuá como si esto fuera lo más natural del mundo”, me dije a mí misma, mientras luchaba con el impulso de salir corriendo. Miré las mesas y lo vi sentado, vestido con una camisa formal, de color claro -celeste, me acuerdo-, taza de café en mano y una sonrisa cálida. Había algo en él que inspiraba confianza, como esos sofás de antaño, cómodos y bien hechos, que siempre son un refugio después de un largo día.

Tomé valor y caminé hasta su mesa. Apenas me senté, nuestras miradas se cruzaron, y sin decir una palabra, ambos empezamos a reír. No era una de esas risas nerviosas del “a ver si te gusto”, sino una risa genuina, de esas que surgen cuando dos personas, por fin, encuentran en el otro algo que no sabían que necesitaban, pero ya en el plano físico, real.

Empezamos a hablar de nuestras experiencias en las apps de citas, compartiendo nuestras desilusiones y anécdotas sobre los personajes pintorescos que

habíamos encontrado. “Te juro, si vuelvo a ver otro perfil de un señor mayor en una moto, en la cima de una montaña, o abrazado a un perro que parece más interesado en la cámara que en su dueño, me voy a declarar oficialmente monja”, dije entre risas. Él soltó una carcajada y me contó de sus encuentros con “gurús de la espiritualidad” que, a los cinco minutos de conocerse, ya le habían propuesto una “limpieza de aura” en medio de bar donde estaban.

No podíamos parar de reír; cada carcajada iba borrando, como por arte de magia, años de incertidumbre y miedo -y soledad-.

Sin darnos cuenta, nos encontramos planeando pequeños proyectos: “Deberíamos ir a ese parque del que me hablaste”, le dije. Y él, con una sonrisa, respondió: “O hacer una ruta de café por toda la ciudad, para probar cuál bar tiene los mejores espressos.” Lo dijo como si lleváramos toda la vida pensando en esos planes juntos. La verdad es que el

entendimiento entre nosotros fue tan natural que, de alguna forma, esos planes de fin de semana se fueron transformando en algo más grande, en una especie de pacto no hablado: la compañía. No la de las novelas románticas ni la de los cuentos de hadas; era una compañía a lo humano, llena de complicidad y comprensión, de conversaciones sobre lo más simple y lo más profundo.

Después de aquella tarde de risas interminables y miradas cómplices, caminamos juntos hasta el parque. Nos sentamos en un banco y, sin planearlo, empezamos a hacer un pacto de esas pequeñas locuras compartidas. “Si volvemos a encontrarnos a alguien que te invite a una ‘conexión espiritual’ en cinco minutos, prometo llevarte un café y rescatarte”, dijo él, en tono solemne, como si fuera una cuestión de vida o muerte. Yo, con una risa que ya no podía esconder, prometí lo mismo: ser su escudo protector contra perfiles de Instagram y selfies en la cima de montañas.

Fue nuestro juramento de “alianza contra las citas modernas”, y tenía toda la pinta de que iba en serio.

Mientras el sol empezaba a caer y el parque se llenaba de esa luz dorada que hace que todo parezca un poco más extraordinario, sentí que, después de todo, había encontrado justo lo que buscaba... o al menos, eso creía en ese momento.

Ahí estábamos, dos personas que, a estas alturas de la vida, no querían más dramas ni grandilocuencias, sino simplemente una risa compartida y la certeza de que, con un poco de suerte y muchas carcajadas, quizá el amor no sea tan complicado.

No era un comienzo épico ni una historia digna de cine; era algo mucho mejor: un compañero de viaje. Alguien que entendía mis silencios y celebraba mis locuras, así como yo encontraba encanto en las suyas. Con él, no había necesidad de disfrazar lo que éramos ni de camuflar nuestras rarezas. Nos aceptábamos con todo lo que traíamos, sin pretender cambiar al otro, y

nuestras diferencias no eran obstáculos, sino matices que le daban color a esta nueva complicidad. Ambos respetamos la historia que cada uno había vivido antes de encontrarnos, valorando los caminos y las experiencias que nos habían traído hasta el día en que nos conocimos. Encontramos en la compañía mutua esa libertad de ser nosotros mismos, incluso reírnos de nosotros mismos, de nuestras obsesiones y de nuestros miedos, mientras honramos los recuerdos y el pasado que ambos llevábamos con nosotros, como un delicado equipaje que ahora compartíamos de vez en cuando.

Con el tiempo, comprendí que habíamos llegado a una especie de acuerdo tácito: estar ahí el uno para el otro. Sin adornos, sin promesas exageradas ni fuegos artificiales, porque la vida, al final, no es otra cosa que una colección de pequeños momentos y, de alguna forma, los nuestros encajaban como esas piezas de rompecabezas que uno ni sabía que tenía en la caja.

Confieso haberlo percibido de esa forma, con un tono especial, único y a la vez reconfortante, y sobre todo, me estaba sucediendo, era real, lo estaba sintiendo.

Lo que terminé aprendiendo de esta historia, es que el amor, sin importar a qué edad uno se lo encuentre, no es más que esa complicidad tranquila con el otro; es la certeza de que podés reírte algunas cosas de la vida (y de vos mismo) con alguien que no solo intenta entenderte, sino que también acepta el desafío de construir una relación a pesar de las disidencias.

Y si algo aprendí en este viaje digital, es que encontrar una pareja hoy en día -y a mi edad- es como intentar pescar en un río lleno de letreros de “Prohibido pescar”: algo peligroso, un poco ridículo. Pero si uno tiene la suerte de dar, no con un príncipe, sino con la persona adecuada, esa pesca se vuelve absolutamente gratificante.

